

## Pequeña antología de Diego Jesús Jiménez

### Sombras en Priego

Los cegadores corrales solitarios, las pocilgas  
De techumbre de cielo y amor de nieve.

D. Thomas

La memoria

de ti, que es un día lejano

de dolor y zozobra. La luz del rayo

que todavía teje de color malva el miedo

de nuestra infancia. «En la casa embozada, al vuelo de la noche»,

subo a las habitaciones del silencio: hay un breve recuerdo

desolado en sus cómodas; queda un rescoldo aún vivo

de oscuridad ahogada en los baúles.

Y aún está allí, aún sigue allí tu imagen

encendida en el tiempo; entornados los párpados,

la vida abandonada entre las sombras; sombras

que ahora penetran mi corazón, ¡oh Dylan Thomas!, se hacen oscura  
noche

que desciende por siempre.

## Color solo

¿Cómo, entonces,  
salir de aquí, intentar la aventura  
de salir de este tiempo  
de desolación?

El verde claro  
que nos trae la alegría y la esperanza, no como el del musgo o el de las  
botellas,  
llenos de incertidumbre y de sollozos, o el verde ya oxidado  
del tiempo; ni tan siquiera el de la manzana o el del oleaje  
porque no tienen ojos ni cintura. Ni los verdes del puerto, porque están  
[en silencio; ni aquellos  
que nos dicen adiós desde las estaciones o desde la ventana.  
Ni el de los cuarteles o el de las casullas  
porque jamás dan flor. Yo digo el verde de la infancia  
que no nos deja solos nunca, y vive y sueña  
y morirá con nosotros; o el de ese vestido  
que lo levanta el aire a nuestro paso, y nos mira y acepta desde  
su inocencia infantil; no el de ese otro  
que anda desde la amanecida en bata  
y nos ve con recelo; ni ese que está siempre  
con los ojos en blanco; ni el que se santigua  
porque no tiene fe.

Yo hablo del verde que está solo  
y que es aventura, del verde de los mares  
porque no tiene rumbo, del que nace en los sueños

porque no nos olvida.

Hablo del verde  
que nos mira a los ojos  
y jamás siente miedo.

Zurbarán lo pintaba  
con racimos de uvas y en mesas florecientes. Yo lo recojo ahora  
del juego de esos niños que están ahí, en las sombras, cerca de casa.

Toco ese verde  
que se encoge de hombros  
porque es inocente, y sus pechos me miran  
ligeros como gestos, tiemblan  
de amor  
bajo las estrellas.

### **Ante las ruinas del Convento del Rosal**

Sueñan  
lentos pájaros de agua. Sombras  
que el frío de la noche hace escarcha  
brillan en el jardín. Florece el tiempo de la Historia  
en estas ruinas; por los muros desciende  
una lenta armonía de humedad o tristeza. Amapolas y prados  
florecidos y frescos,  
crecen en torno a este silencio  
medieval. Resurrección de líneas y colores y espacio.

Aquí la soledad, en los atardeceres, se hace música cárdena,  
estremecido viento de tinieblas o luz, derrumbada  
existencia.

Imagina que el tiempo desconoce tus ojos, o que te  
[ha sido dado soñar, y la belleza efímera del sueño  
fuera un rumor de sombras que estalla contra el cielo.

La herrumbre de la tarde  
se calcina en los bosques; el resplandor amargo de la vida  
se hace canción aquí, deslumbradora geometría celeste. Gotea  
el canalón del tiempo en las baldosas  
ensanchando el silencio de la noche en el claustro.

Altas

capellanías de aire, dudosos capiteles  
entre los escombros, pilastras olvidadas y ábsides  
ahogados en los surcos; trozos de besantes y arcos  
habitables aún.

Ha sido aquí la tarde  
dura meditación, recogimiento o gozo, resurrección, asombro; vida  
que de sus ruinas me levanta  
hasta el frío universo de mis ojos cerrados.

## Bajorrelieve

X

En la pared

restos de sol entre la lluvia, un breve espacio donde la humedad  
ha ido nublando el raso de los techos. La sombra de los árboles  
movida por el aire, el verdín sobre el muro  
como un lagarto vegetal, el polvo  
ennoblecido en los escudos y en los yelmos, las rendijas  
que atraviesan la bóveda como ríos celestes, y las grietas  
recorriendo como pequeños capilares los cuerpos, dan vida a tan vasta  
decoración. El relámpago  
del álamo en la noche, la llanura infinita  
de la pared de mármol que ha sumergido el tiempo  
en una coloración líquida y lenta de verdosas lejías: resplandor mineral y  
marino  
que ahoga a la aplastada lentitud de los ocres. El sereno oleaje  
de los años, la escarcha y el rocío, el calor y la nieve, arrancan  
pequeñísimos trozos  
de pared, dejan abiertas,  
diminutas heridas, leves llagas del tiempo.

El lujo del morado

que es pulimento sobre las rodillas y los rostros, el frío  
invernal de las túnicas, las tibias veladuras con que los años lamen,  
en honda transparencia, a la vida. El deterioro  
crea sobre lo ya creado un mundo rico

de textura y matices. Convive el arte así con el azar enriqueciéndose con su lenta armonía de sueños imposibles.

(De *Bajorrelieve*, Diputación de Huelva, 1990)

## Homenaje a Federico García Lorca

### I

Los lagartos dibujan en el tiempo  
su muerte mineral. Hay mastines que sueñan con rocío en los ojos  
y que entornan las noches ante el infortunio. No sé por qué  
tras las últimas casas de los barrios extremos  
imagina uno el mar. La luz es un estanque  
que habita la memoria, un estanque con algas secas y humedades  
donde los días yacen en sus salas de espera.

Los cementerios de automóviles  
atravesan urgentes madrugadas  
de hospitales y de óxidos. Deja la claridad, entre las flores,  
un mundo submarino abierto. Sueñan los dormitorios  
enfermedades plateadas, y hay un temblor difuso en las paredes  
y muñecas sin ojos arrastrando  
su universo olvidado. Hay vacíos océanos  
y animales pacientes que ahogan el insomnio.  
La tortuga invernal, entre la lluvia,

avanza más aprisa que los trenes  
que atraviesan los cielos. Nadie  
recuerda nada aquí. Todo está aislado en su inseguridad; la luz es un  
naufragio  
de hogueras apagadas. De humo estrellado  
son las sombras, y hay navajas que brillan de incertidumbre  
como un escalofrío. Hay testigos de espuma en los alrededores  
y recodos de horas que no terminan nunca. Hierve la Historia  
en una sola página. La ciudad,  
a lo lejos, tiene un maduro resplandor  
de palacio de invierno.

## JÚCAR

II

*...aunque sea en almohadas vacías  
que no autorizan a esperar la aurora  
tan confiadamente  
como cuando se duerme  
en la marea alta de algún pecho.*

Pedro Salinas

Está ya amaneciendo. Nacen arrepentidos  
unos de otros los azules, y un malva claro  
y a la vez oscuro, vaga como un aparecido

por sus profundas aguas. Reposa  
la marea del tiempo sobre su corazón  
donde crece un aroma que turba aún a mi alma.  
Acaso sólo ruinas  
de una música eterna de palabras que buscas.

Luces y sombras líquidas  
dibujan en las piedras  
claridades ocultas del reino del crepúsculo, iluminan  
un bello libro de horas  
donde el olvido  
reconoce en sus pétalos  
una tarde distinta de la que ahora contemplas.  
Sólo un silencio original, a través de una fronda  
de imágenes calladas, filtra su inmóvil  
claridad en el tiempo. Altas destilerías y pulpitos altísimos  
atraviesan su luz. A veces el reflejo  
de un día ya lejano ilumina las aguas, otras el tacto  
halla la forma líquida de un sonido infinito.

En las riberas deja  
sus alcobas abiertas el estío, ves su ausencia moverse; y oyes  
las voces del pasado en sus claustros nocturnos.

En el paisaje gótico  
los desiguales chopos y los álamos, acercan

a tus ojos el cielo.

Cuantos colores

recuerdas hoy, destiñen

con su luz la memoria.

## **El lingüista**

Es ambición hermosa someter las palabras.

Reclamaba el lingüista

la precisión del tiempo para nombrar las cosas.

Conocer los arroyos, las escondidas sendas de los sabios, y las noches  
abrasadas de flores; donde el lenguaje abre sus palabras más justas.

Juan de Valdés sabía

que las palabras pueden penetrar en la materia

y, con su luz más diáfana, establecer un orden en su universo helado.

Trabajó con las sombras, vivió oculto en la niebla

de su taller oscuro; en fríos alambiques de vidrio, acontecieron

los más bellos vocablos. Destilaba la razón en matraces, calentaba sus  
pétalos

en busca del aroma que las palabras dejan en el aire al nombrarlas.

Atravesó la noche donde el silencio habita

los perfumes más cálidos. Ese resol perdido

incendiando la tarde por las hoces de Cuenca

iluminó su frente. Y acaso viera al cielo, con su escritura pálida en las  
aguas,

transcribir la belleza, la exactitud de toda su penumbra infinita.

Que la palabra nombre con su sabiduría, llene de sonidos exactos y de  
luces precisas  
nuestro conocimiento. Si es en los ríos donde se detiene  
sea fría su música, transparentes y frescas sus dormidas imágenes;  
transcurran las palabras reflejando el silencio  
o queden derrotadas recorriendo sus bóvedas, entre polvo, a la sombra  
de sus casas en ruinas, si acuden a las plazas vacías de la Historia.  
Someter la palabra, Juan de Valdés, es ambición hermosa,  
pues que así se da nombre y destino a la vida, la materia ilumina  
su corazón cerrado.

### **Calderón de la Barca, 41**

Los artesanos, sobre la lejanía de la tarde, formaban  
un horizonte de sonidos.

Las bengalas del frío

encendían la noche entre las hortalizas  
de las huertas más próximas como una ciudad lejana.  
Rodeada de templos y patios escolares, yo vivía  
el deterioro de aquella casa familiar  
en Cuenca, donde algún tostadero de café,  
teñía con su aroma el invierno, como se tiñe ahora  
de una luz sin origen la memoria.

Recuerdo así la imagen

de san Antonio en la penumbra, su mirada ofendida  
de oraciones obscenas; veo el tren en la noche atravesando el túnel

que formaban las sillas en el recibidor; los soldados caídos en el juego de bolos, su muerte  
de madera; como flores crecidas  
en las riberas de un abismo, aquel campo de encajes en el que levantaban  
mis tías, un altar familiar sobre la cómoda: Jesús crucificado, santa Rita  
de Cassia, santos  
Sebastián e Isidoro —obispo de Sevilla—, imágenes  
como llaves barrocas que encendían  
el calor del verano derramado en la alcoba.

Era un lugar sagrado  
para mí. Recuerdo  
los cajones abiertos de la cómoda, su soledad  
desordenada, mi infancia atravesando  
con temor sus tinieblas. Me estaba prohibido, pues  
según mi madre, allí había medicamentos venenosos;  
más en vano buscaba yo el perfume de sus flores de hielo; cada objeto  
añadía  
a mis ojos más dicha.

Rodeado por un silencio antiguo,  
un silencio buscándose a sí mismo, abría los misales para ver sus  
estampas,  
[el vacío dolor que  
deja la muerte de los desconocidos en los recordatorios;  
la crueldad de un paraíso oscuro, como si alguien de la casa hubiera  
hallado  
su única salvación en la muerte.

Había nidos de alfileres y cintas, recortes de periódicos  
de París y de Génova; manuscritos sermones

que nos amenazaban con el fin del mundo; un rosario de pétalos de rosa,  
cabos de velas y un farol entre túnicas  
como un pequeño sepulcro de cristal; restos de procesiones  
y revistas de moda. De su interior salía  
un aire humedecido por los años, una respiración  
de capilla cerrada; encajes de las sombras los velos, las mantillas.

En su fondo aún los trajes

de una primera comunión  
como desfallecidos ángeles; viejos devocionarios  
y una Biblia antiquísima como una teología  
cuyos dioses hubieran huido de sus páginas. Me producía un temor blanco  
una pequeña urna, como si al levantar su tapa  
fuera a encontrarme un rostro transparente mirándome. Guardaba en su  
interior  
un mechón de cabello como musgo angustiado.

Y había cajas metálicas

de carne de membrillo con paisajes franceses  
que contenían sortijas y collares, cremalleras y broches  
que a mí me parecían nidos  
de pequeños reptiles y que, ahora, habitan la memoria  
con sus formas sagradas.

Las cajas de zapatos

contenían postales y láminas de mártires; una navaja envuelta en un papel  
de seda  
como un crimen oculto; fotografías familiares  
en la calle de Lauria o en las dehesas de Priego. Los ojos de mis tíos ya  
muertos

parecían pensarme en los retratos.

Algunos días antes

de llegar el verano, uno de los cajones de la cómoda  
reinaba sobre todos. En él se abandonaban  
los vestidos antiguos en los que yo veía los más bellos disfraces.  
Flotaban en la espuma de las grandes toallas,  
como si se tratara de los desaparecidos cuerpos de la infancia,  
los bañadores de mis primas. La ropa del estío  
dejaba por la alcoba una sombra de encina, y brillaban los ríos y los  
pájaros  
y, por entre las arboledas, huían de sus cofres los cánticos  
de los conventos próximos.

Acercaba a mi rostro

suavemente sus blusas, y encendían las horas de la siesta los antifaces  
negros  
de los sujetadores, las medias que extendían en llamas  
sus alargadas sombras. Su roce acariciaba  
la superficie del sonido de su carne en mi cuerpo. Como el de la ceniza  
era estéril su rostro; y quedaba en mí, oculta,  
la sensación de haber martirizado  
su vida virtuosa.

Oía yo el silencio, entonces, de la casa;  
un silencio de olmo deshojándose.

Como si lo que ya no existe

estuviera aún cautivo

en la desierta imagen de las cosas que miras, y fuesen  
príncipes asesinados en su trono cuantos nombres pronuncias,  
atraviesas la luz  
entornada del tiempo: un lejano rumor de sonidos nevados, la indefensa  
blancura  
que la muerte conquista.

(De *Itinerario para náufragos*, Cátedra, 2001)

### **Tango para un tiempo sin ti**

Oyes

algo como la sombra de un sonido  
que conoce tu nombre. Por qué llegas ahora.  
Para qué vienes.

Y, de pronto, te giras  
como si fueras a sorprender a alguien  
que a tus espaldas se burlara de ti  
o fuera a herirte.

En el mar  
hay un silencio de agua; asistes al inmenso  
nafragio de la luz. Sobre la arena  
quedan restos de sol  
equivocados. Sueño  
que no soy yo.  
Bien sé

que estás aún mirándome. Contigo  
la he amado, en ti  
la acaricié; y todavía busco  
sobre tu cuerpo el suyo.

Amanezco en la casa  
como en una estación abandonada.

Perdóname  
por recordar cuanto no sucedió  
y fue mi dicha. Eres  
el reloj que he perdido; tiempo  
derramado en el tiempo.

Hubo unos años en los que nos sentábamos  
sobre la sombra de un presente vago  
sin saber quiénes éramos. No éramos nosotros  
los que después hemos vivido.

Por si algún día llamaran a la puerta  
y fuera ella que vuelve, en el jarrón vacío  
—tantas veces imagen del silencio— he puesto flores.

Lloro sobre la eternidad  
que has engendrado.  
El poema que escribes te separa del mundo.

Llévame hacia la muerte.  
Ayúdame a morir.

## Fugacidad inmóvil

*A Emilio Lledó*

El poema que intentas  
como el amanecer va deshaciéndose; es una nebulosa  
que no puede expresarse. Su luz involuntaria te demuestra  
la inutilidad del sentimiento.

Igual que se disuelve  
la imagen de la nieve en el sauce  
que nos introducía en el invierno o huye hacia el reino  
vegetal la serpiente  
en algunas variedades de cactus, buscas  
—como si se tratara de un paraíso perdido—  
entre las ruinas de la realidad.

Al conocer la alquimia  
en la que se refugia su linaje, abandonas  
poco a poco la farsa  
de construir un decorado con sonidos retóricos.

Conviertes el lenguaje —causa de nuestra  
esclavitud—  
en un jardín privado donde ensayas  
lo mismo que el filósofo: saltar sobre tu sombra.  
Como en el caleidoscopio, conocedoras del azar,  
cambian en el poema las palabras al menor movimiento  
o se ahogan en él lo mismo que los rostros  
en el agua estancada de las fotografías.

Te emociona lo escrito, como te emocionaría  
la aparición de algún antepasado, pues  
llegan atravesando las paredes del tiempo los signos  
que iluminan la nada.

No te engañes, ni exhibas  
el plumaje fantástico de los pavos reales: escribes el poema  
que a sí mismo se escribe; enciendes la elocuencia  
vacía de la muerte.

(Inéditos en libro)